

## Las posibilidades históricas del concepto del niño lector

**E**s un hecho, hay un universo que hemos nombrado literatura infantil. Hoy circulamos “naturalmente” por este amplio terreno. Reconocemos a los teóricos y sus grandes temas, advertimos cómodamente esa línea “coherente” de autores, ilustradores, editores, compiladores y títulos de la literatura infantil. Felicitamos a quienes reciben los grandes premios en esta categoría literaria. Revistas o publicaciones sobre la literatura infantil cuentan con numerosos suscriptores interesados en atender las líneas de discusión. Asistimos a ferias de literatura infantil y juvenil, conocemos las bibliotecas infantiles, incluso aplaudimos a las asociaciones y programas de fomento a la lectura. Es un hecho, hay un universo conocido que hoy vive por y para la literatura infantil.

Lo que no es un hecho es la certeza de tal universo. Hoy no podemos seguir circulando por este terreno sin detenernos curiosos y dudar, volver a las preguntas fundamentales. ¿Cuáles son los hechos literarios de esta literatura infantil y cuáles son sus prácticas de lectura? ¿En qué posibilidades podemos hablar de un niño lector como receptor de una literatura que se le ha destinado?

Desde una perspectiva histórica, la literatura infantil tendría que presentarse como un problema,

---

Anel Pérez Martínez. Maestra en Historia de México, coordinadora de Comunicación y Promoción del Instituto de Investigaciones Estéticas.

**Sin pretensiones de originalidad, este trabajo explora algunas de estas preguntas ineludibles a partir de los procesos históricos de construcción del lector infantil.**

como una cuestión que implica una triple conceptualización que vale la pena replantearse. Primero, la posibilidad cultural de que la infancia exista. Segundo, que la literatura opere hacia un lector infantil que supone que existe. Y tercera, que esa literatura infantil tenga una historia que sea posible de construir como objeto histórico. ¿Qué busca el historiador de la literatura infantil? ¿Cuáles son las preguntas que se le pueden formular a las publicaciones para niños?

Sin pretensiones de originalidad, este trabajo explora algunas de estas preguntas ineludibles a partir de los procesos históricos de construcción del lector infantil, y que he dividido en cuatro secciones para su desarrollo: 1. De la construcción del niño a la cultura infantil; 2. De la construcción de la literatura infantil y el niño lector; 3. La construcción histórica de la literatura infantil y 4. Hacia una historia del niño lector.

### 1. De la construcción del niño a la cultura infantil

Por lo general, los estudios de la historia de la infancia encuentran en Philippe Ariès un cómodo punto de arranque. Es ya un acuerdo que a partir de su libro *El niño en el Antiguo Régimen*<sup>1</sup> y los estudios subsecuentes, los historiadores advierten que la infancia, lejos de ser una condición natural humana, es una invención cultural. Según Ariès, en el siglo XVII nadie consideraba a los niños como criaturas inocentes ni a la infancia como una etapa al margen de las demás. Próximas a la propia edificación del individuo, y como parte de un proceso histórico-cultural de larga duración, se gestaron las posibilidades para un cambio de actitud con respecto a la infancia, que se vería consolidada hasta el siglo XIX dentro del marco de la familia moderna.

En este largo proceso se ha situado con cierta claridad el esfuerzo, particularmente desde los proyectos de la educación ilustrada, por definir el mundo de lo

<sup>1</sup> Philippe Ariès, *El niño en y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus, 1987, p. 86-95.

infantil. Ello implicó el acomodo de una compleja red discursiva en torno a la infancia, especialmente desde la pedagogía, así como una revaloración material y espacial de lo infantil, es decir, de los objetos y de los lugares de los niños. Progresivamente se fue conformando una significación de la niñez en “el otro”, la mente adulta, que le atribuyó ciertos valores a este grupo social.

Desde la ilustración, y hasta las pedagogías del siglo xx, la niñez fue revestida por algunas características variables, otras definitivas. Ese niño testarudo y rudo, difícil de domar, que predomina en el siglo xviii, poco tuvo qué ver con los estados de inocencia e ingenua frescura que fueron otorgándose como propios de la infancia<sup>2</sup> por el romanticismo decimonónico o las “simpáticas” ocurrencias o travesuras del niño del siglo xx. Pero desde El Emilio hasta las tesis psicoanalíticas de Freud, la infancia tomó un poderosísimo lugar: el fundamento, el cimiento, la formación no sólo del resto de la vida individual, sino de la propia sociedad.

La niñez: como semilla de la humanidad; como el emisor en el que se expresan de manera anticipada las emociones, pensamientos, actividades y sufrimientos de la vida más madura; y como el vínculo con la esperanza más alta del género humano frente a la idea de los deberes y derechos comunes a toda la humanidad: la dignidad y el valor de la persona.<sup>3</sup>

Simultáneo a la construcción de la infancia, se perfiló un proyecto educativo que prácticamente monopolizó el discurso del universo infantil. La niñez emergió como una estadía del proceso civilizatorio y entonces fue viable exigir moralmente, pero sobre todo ideológicamente a los niños, en su calidad de proto-ciudadanos. Sobre la ya construida idea de la infancia se edificó una segunda creación: la del niño alumno. Casi por enunciación —todavía hoy en la mayoría de

**Simultáneo a la construcción de la infancia, se perfiló un proyecto educativo que prácticamente monopolizó el discurso del universo infantil.**

<sup>2</sup> Para una inteligente descripción de la representación de la niñez en la cultura visual, consultar Anne Higonnet, *Pictures of Innocence, The History and Crisis of Ideal Childhood*. London: Thames and Hudson, 1998.

<sup>3</sup> Antonio Saborit, prólogo de Carlos Monsiváis, *Quietecito por favor*. México: Condumex, 2006.



sus acepciones— el niño es un educando.

Ahora bien, esta conformación de la cultura infantil se ocupó también de la comprometida tarea de fundar una literatura que le fuera propia. Esto es, no sólo se proyectó la práctica alfabetizadora, sino la posibilidad de afinar un discurso literario apropiado para los niños: lo que los niños debían leer o lo que los niños gustaban de leer. Es decir, además de la certeza de poder crear el “beneficio” de la lectura en los niños, se aseguraba el hecho de suministrar las lecturas que les fueran propias. Así, dentro del marco de la cultura escrita, la escuela se asimiló como el taller de confección de buenos ciudadanos civilizados, a través de ciertos instrumentos útiles como el libro, la biblioteca y el discurso literario infantil. (Cabe señalar aquí que no sólo nos referimos a la alta educación sino, por supuesto, a las llamadas escuelas proletarias, donde más aún el libro funcionó como un transmisor importante del discurso educativo). Pero el hogar moderno también formó parte de otro taller de confección, la idea de una práctica familiar de lectura, el estante donde se colocan los libros infantiles, conformando a la par, un idílico momento amoroso a partir del libro.

## 2. De la construcción de la literatura infantil al niño lector

Es difícil identificar la puesta en marcha del proceso inventivo de los niños lectores y de sus libros, pero sí podemos identificar que el niño lector se fue dibujando como un claro retrato de un tipo cultural particular, comprendido no sólo por su edad y su condición social, sino en su condición lectora.

Como todos sabemos, la denominada literatura infantil no comenzó con la producción de libros para niños, sino con la adecuación de la narrativa oral. Forzadas a cumplir con las expectativas de los patro-

nes del discurso narrativo y fantasioso de la niñez, las viejas historias europeas de pronto cruzaron la antigua terracería rural para llegar hasta los elegantes y refinados pisos de la corte francesa. Así, por ejemplo, Caperucita Roja debió salirse inmediatamente de la cama con el lobo, quien dejó de desearla para nada más quererla comer.<sup>4</sup> Nunca más el lobo pidió a Caperucita que se desvistiera ni de ningún modo volvieron a comer guisado de abuelita. La niña que se topaba en el bosque con un lobo no desobedecía ningún código moral, mientras la Caperucita del siglo XVIII era una desobediente que había transgredido la regla. Charles Perrault se dio a la tarea de incluir moralejas<sup>5</sup> en las antiguas historias de hadas, ahora llevadas a cánones de la cultura escrita, con la intención de instruir sobre los peligros de la desobediencia y la indisciplina, destinando su literatura a un lector tipo, un lector joven que, a través de la literatura, se instruye.

Por el paso del siglo XVIII vemos un importante preámbulo de lo que en el siglo XIX sería “el siglo de los niños” en referencia a la reconocida posición cultural que ocupó desde entonces la infancia y su posibilidad lectora, como lo comprueba la publicación de páginas y páginas de una literatura escrita, ilustrada y editada especialmente para niños. A la cabeza, *Los cuentos para niños y para el hogar de los hermanos Grimm*,<sup>6</sup> seguida de una larguísima fila de obras para niños como los cuentos de Hans Christian Andersen, los de Oscar Wilde, los del colombiano Rafael Pombo, Alicia de Lewis Carroll, Peter Pan, Moby Dick, Las aventuras de Tom Sawyer, Mujercitas, Heidi, El mago de Oz, Pinocho, Peter Rabbit y Babar el elefantito, por mencionar sólo algunos de los títulos que llegaron a los estantes de lo que hoy reconocemos como los “grandes clásicos”, una lengua materna común a una infancia de posibles lectores.

La gradual conformación de la literatura infantil fue construyéndose en función de modelos de niño

<sup>4</sup> Elisa Boland, “Algunas palabras bastan”. En *Imaginaria* núm. 177, Buenos Aires, marzo 2006, profundiza en los modos de leer la Caperucita Roja basándose en el texto de Valentina Pisanty, *Cómo se lee un cuento popular*, Paidós, Barcelona, 1995, y extendiéndose hacia la Argentina contemporánea.

<sup>5</sup> La primera publicación de Charles Perrault, *Historias o Cuentos de antaño*, París, fue en 1697. Apareció como el conjunto de tres obras en verso (Griseldis, Piel de asno y Los deseos ridículos), y ocho obras en prosa (Caperucita Roja, La bella durmiente, Barba Azul, El gato con botas, Las hadas, Cenicienta, Riquete el del copete y Pulgarcito), todas con moralejas, según observa Marc Soriano en la *Guía de la literatura infantil y juvenil*. Buenos Aires: Colihue, 1995.

<sup>6</sup> La primera publicación registrada es la de 1812.



receptor y del modelo del autor que dialoga con él. El niño alumno de los proyectos pedagógicos, el niño lector frágil y delicado del siglo XIX, el niño fuerte y resistente del periodo de entre guerras del XX, el niño que juega<sup>7</sup> de fines del siglo XX, o incluso el niño posmoderno que construye a partir de ilustraciones exigentes y desafiantes. Las intenciones han variado y persistido, la de educar en un momento, la de salvaguardar la inocencia en otro, pero también la de entretener, divertir, o hasta cuestionar y controvertir.

### 3. La construcción histórica de la literatura infantil

Los estudios de la literatura infantil han perfilado desde muy diversas aproximaciones una construcción histórica de esta literatura. Por su parte, la historia desde la literatura se ha interesado en el texto, las corrientes, los usos y los géneros literarios con respecto a lo infantil. Siguiendo los cánones literarios, analiza las figuras y las formas literarias, mientras que busca la aparición, desaparición, transformación y creación de personajes literarios. Esta aproximación literaria ha puesto en la mesa la fértil discusión teórica por la definición de la literatura infantil,<sup>8</sup> así como también se ha ocupado en delinear los contenidos que aumentan o reducen la temática de la literatura infantil, las transformaciones de lo fantástico, de lo temible, de lo deseable.

Las aproximaciones desde la historia del libro, como los bordes del texto, han partido de interesantes discusiones de la obra contenida en el límite del objeto/libro. La historia social del libro infantil nos ha permitido aproximarnos a las conductas familiares en torno al valor patrimonial otorgado a las publicaciones, pero también a los códigos de los libros permitidos y los prohibidos. En esa misma línea ha incluido también una historia de las posibilidades de la producción, mercado, circulación y apropiación

<sup>7</sup> Gianni Rodari nombra de estos modos a los diversos niños a quienes se destina la literatura infantil en el artículo "La imaginación en la literatura infantil". En *Perspectiva Escolar*, núm. 43, Asociació de Mestres Rosa Sensat, Barcelona.

<sup>8</sup> Carmen Bravo-Villasante presenta la serie "Ensayos sobre literatura infantil", editados por la Universidad de Murcia, en los que se discute ampliamente el tema. La misma discusión presenta Michel Tournier, en "¿Existe una literatura infantil?". En *El Correo de la UNESCO*. París: UNESCO, junio de 1982, o Marc Soriano, entre muchos otros autores que abordan este tema.

del libro, revelando lo que ocurre con este artefacto cultural.

Pero, sin duda, la gran parte de los estudios de la literatura infantil provienen de los ojos de educadores, precisamente como producto de la propia invención del niño alumno. Desde esa perspectiva buscan en la historia de la literatura los efectos, alcances y teorías pedagógicas, al igual que la utilidad de la literatura para la educación integral. Muy de cerca, las aproximaciones desde la teoría psicoanalítica examinan los efectos y necesidades psicológicas de la literatura infantil. Los trabajos de Bruno Bettelheim o Clarissa Pinkola profundizan particularmente en el cuento de hadas a partir de su función liberadora y formativa, así como de apoyo moral y emocional.

Muchos otros estudios han partido de la investigación del modo en que la ideología, casi secretamente y de contrabando, seduce desde una imposición de poder religioso, político o civil y se dirige a los niños a través de un libro-títere que no es sino un instrumento de una institución dentro de la intimidad del espacio lector. Las investigaciones sobre el poder de los impresores, editores, autores y de cómo las ideologías se desbordan en cada página, indiscretas o exorbitantes, es uno de los aspectos más interesantes en los estudios de la literatura infantil.

#### 4. Hacia una historia del niño lector

Tal vez no resulte evidente, pero podemos decir que de las aproximaciones anteriores, ninguna se ha dirigido concretamente a responder las preguntas planteadas en la introducción de este trabajo. ¿Qué es un niño lector y en qué marco de posibilidades se puede construir su historia? ¿Por qué hoy nos interesa hacer la historia de la literatura infantil?

Contra ciertos sobreentendidos imprudentes habrá que aceptar que no hay una metodología propia

**Muy de cerca, las aproximaciones desde la teoría psicoanalítica examinan los efectos y necesidades psicológicas de la literatura infantil.**



del historiador de la literatura infantil y que es imprescindible acomodarla en una habitación propia. Quizá habrá que tomar mayor distancia de los historiadores de la infancia, de la historia de la educación y de las posibilidades educativas del libro, así como de los historiadores de la literatura. Tal vez sea posible, para poner en el centro las posibilidades históricas culturales del niño lector, acercarnos y volver a la arqueología básica, excavar en los espacios donde se colocan los libros para encontrar al lector, analizar con microscopio su situación particular en sus escenarios, en sus posibilidades culturales de existencia. Aproximarnos históricamente a lo que pueda darnos indicios sobre la naturaleza y la culturalidad de su experiencia: dónde han leído los niños, con quién han leído; para qué han leído; cómo construyen lo que ven en las ilustraciones y lo que leen en el texto, cómo elaboran lo que escuchan de una voz que lee y lo que miran, pero también en su versión negativa: cómo no leen, dónde y cómo no han leído, lo que no han encontrado en sus libros.

Creo que es muy útil comenzar por reconocerlo. La idea del lector infantil se problematizó como cuestión histórica hace apenas unas décadas. Paul Hazard<sup>9</sup> en un inicio, luego Peter Burke desde la historia cultural, Roger Chartier desde la historia de la lectura y los lectores y Robert Darnton desde la construcción cultural de la narrativa, propusieron estudiar la lectura como una actividad de vida. "Lectura y vida corren paralelas: leer y vivir, crear textos, dar sentido a la vida..."<sup>10</sup> Su propuesta consiste en desarrollar una historia y una teoría de las preguntas y respuestas del lector. Posible, pero no fácil. Creo que es importante, pues, excavar donde la lectura ha implicado una función vital. Hay que indagar, sin discursos prefabricados, en los elementos cognitivos y afectivos de los niños y sus lecturas. Más allá de los registros de bibliotecas, del perfil de suscriptores, de las actas editoriales, de las producciones bibliográfi-

<sup>9</sup> Paul Hazard, *Los libros, los niños y los hombres*. Barcelona: Juventud, la versión en castellano es de 1950.

<sup>10</sup> Robert Darnton, "Historia de la lectura". En Peter Burke, *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, 1993, p. 179-180.

cas, habrá que llegar a lo que los niños han buscado en los libros.

Resultaría valioso hacer presentes las ausencias en la historia de la literatura infantil. Por una parte, la innegable función del mediador a lo largo de la historia de la lectura infantil, la función de alguien que lee para los niños o bien, que los provee de lecturas. En este sentido, creo que hay un valioso terreno por explorar que parte desde la mediación en la lectura infantil. Fuera de los programas políticos o educativos, hay una figura cercana al niño que lee. La especificidad de la oralidad de la literatura infantil, la narrativa ha rodeado a los niños mucho antes de que éstos sepan leer, a partir de una voz que cuenta y que canta. En ese sentido el libro es secundario, es un apuntador de lo que debía ser dicho. ¿Quién ha sido esa voz, por qué siempre ha estado allí?

Otra más de las ausencias es la particularidad de las ilustraciones en su calidad narrativa y estética paralela a la textual. Casi desde un inicio, las versiones infantiles de la literatura se han publicado con los esfuerzos, los goces y los discursos independientes de los ilustradores, que en la mayoría de los casos se han estudiado de modo fragmentado y lejano a su función integrada al cuerpo textual. No se trata de hacer un recuento de la gráfica destinada a ilustrar textos infantiles sino, quizá, de la intertextualidad de la imagen y lo escrito, de las posibilidades discursivas y estéticas de las ilustraciones a los ojos de alguien que mira desde su infantil y particular "punto de vista". La apreciación y experiencia estética del niño, así como su recepción de imágenes, es un terreno muy poco estudiado por la historia de la literatura infantil. En la misma posibilidad de la historia del arte, son muy limitados los estudios de la representación del niño lector en diversos lenguajes plásticos, principalmente en la fotografía y la pintura, que han hecho del libro un elemento escenográfico en ocasiones, y del niño lector un discurso deliberado en otras.

**La apreciación y experiencia estética del niño, así como su recepción de imágenes, es un terreno muy poco estudiado por la historia de la literatura infantil.**

Es elemental reconocer finalmente que la construcción histórica del niño lector responde no a una búsqueda genealógica de la construcción de la infancia ni de la construcción de su literatura, sino a una realidad importante que nos mira desde el espejo, desde un bullicioso hervor que hoy busca construir un eterno infantil. 

## Bibliografía

- ARIÈS, Philippe. El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen. Madrid: Taurus, 1987.
- BETTELHEIM, Bruno. Psicoanálisis de los cuentos de hadas. Barcelona: Crítica, 1976.
- BOLAND, Elisa. "Algunas palabras bastan, niña, abuela, bosque, flores, lobo y... ¡Caperucita por siempre!". En *Imaginaria*, núm. 177. Buenos Aires, 29 de marzo, 2006.
- BRAVO VILLASANTE, Carmen. Ensayos sobre literatura infantil. España: Universidad de Murcia, 1989.
- BURKE, Peter. Formas de hacer historia. Madrid: Alianza, 1993.
- DARNTON, Robert. El coloquio de los lectores. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- \_\_\_\_\_. La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- HAZARD, Paul. Los libros, los niños y los hombres. Barcelona: Juventud, 1950.
- HIGONNET, Anne. *Pictures of Innocence, the History and Crisis of Ideal Childhood*. London: Thames and Hudson, 1998.
- LÓPEZ TAMÉS, Román. Introducción a la literatura infantil. España: Universidad de Murcia, 1990.
- MONSIVÁIS, Carlos. *Quietecito por favor*. México: Con-dumex, 2006.
- MONTES, Graciela. *El corral de la infancia*. México:

Fondo de Cultura Económica, 2001.

PINKOLA ESTÉS, Clarissa (prólogo). Cuentos de los hermanos Grimm. Barcelona: Ediciones B Grupo Z, 1999.

\_\_\_\_\_. Mujeres que corren con los lobos. España: Punto de Lectura, 2003.

RODARI, Gianni. Gramática de la fantasía. Santa Fe de Bogotá: Panamericana, 1999.

\_\_\_\_\_. "La imaginación en la literatura infantil". En Perspectiva Escolar, núm. 43. Barcelona, Asociación de Mestres Rosa Sensat.

SORIANO, Marc. La literatura para niños y jóvenes. Argentina: Ediciones Colihue, 1995.

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Bibliográficas  
La reprografía de este material no implica la transmisión  
o el disfrute del derecho autoral de la obra.

